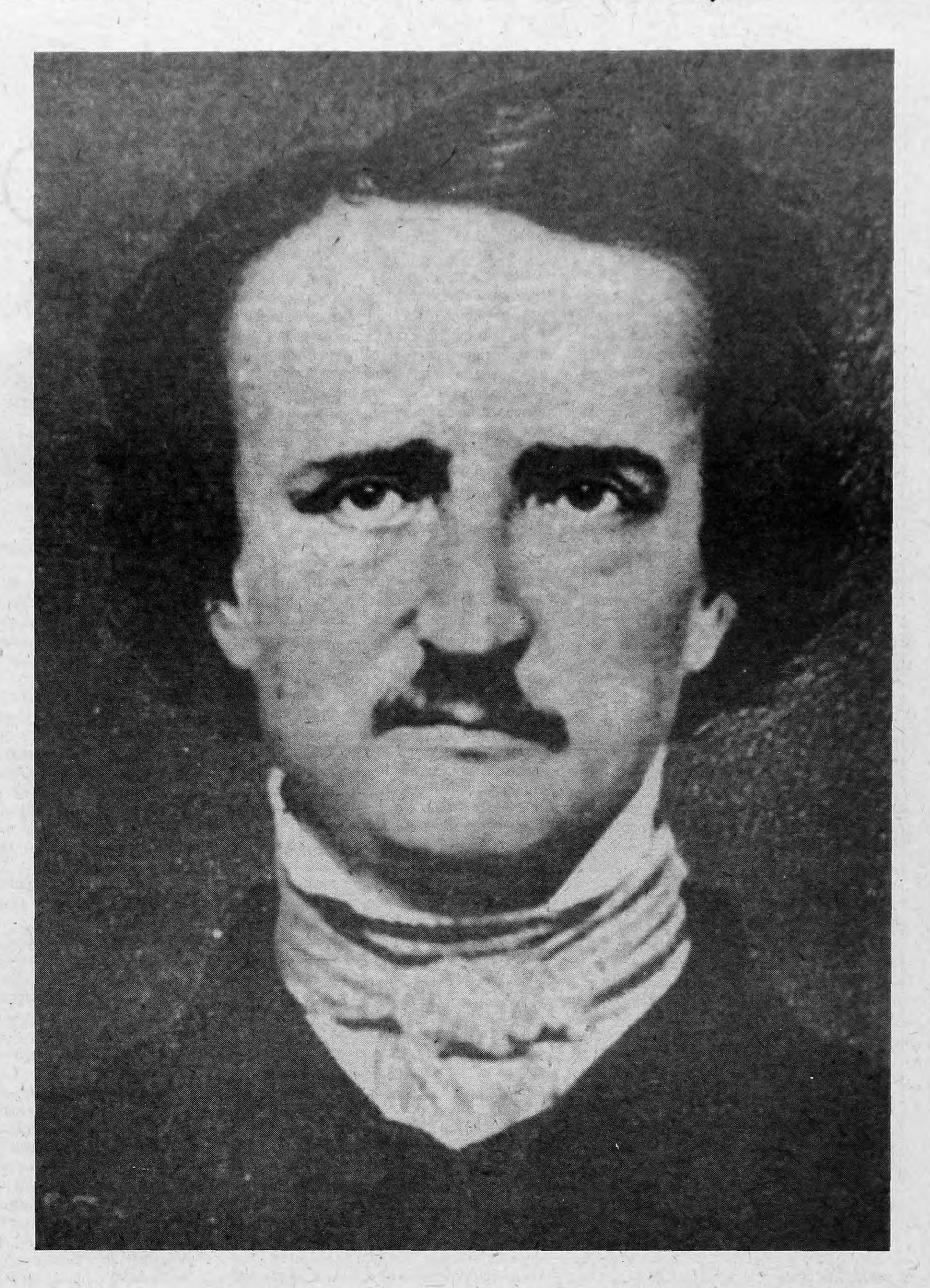


EDGAR ALLAN POE

El inapelable Mario Praz, en su libro *El pacto con la serpiente*, llama a Poe "genio de exportación". Esto suena extraño dicho de alguien a quien Mallarmé le dedicó uno de sus mejores sonetos, aquel que habla del norteamericano como de "un ángel" que supo *"Donner un sens plus pur aux mots de la tribu"* ("Purificar el sentido de las palabras de la tribu"), pero la idea está bastante difundida en el mundo de habla inglesa: el hablante nativo detecta de inmediato las vulgaridades y defectos de la prosa y la poesía de Poe. Su éxito en otras lenguas se debe, sencillamente, a que lo exportable de un autor es su contenido, no su forma. (Hay que reconocer, claro, que muchos perderían las formas por tener los contenidos de Poe, que aunque –o porque– fue uno de los grandes artistas del ensayo periodístico, fundó también el relato policial y lo que hoy entendemos por relato de terror.)

Una vida agitadísima y una muerte temprana favorecen a la extranjera posteridad. Edgar Poe nació en Boston en 1809 y murió en Baltimore en 1839, según la leyenda de un coma alcohólico. Su segundo nombre, Allan, corresponde al apellido de John Allan, el mercader de Richmond que lo adoptó al fallecer sus padres. Poco después de publicar su primer libro, *Tamerlán y otros poemas* (1827), ingresó al ejército, del que fue rápidamente expulsado. Con el cuento "Manuscrito hallado en una botella" (1833) ganó un concurso literario que le abrió las puertas del periodismo (Poe trabajó en y editó numerosas revistas, que nunca le reportaron un buen pasar). En 1836 contrajo matrimonio con su prima de 13 años, Virginia, que moriría de tuberculosis en 1847. A fin de seguirla a la tumba, se arruinó la salud mientras intentaba suplementar sus ingresos dando conferencias de todo tipo. *La narrativa de Arthur Gordon Pym* (1838) y *El escarabajo de oro* (1843) son quizá sus mejores textos, pero su merecida aunque excesiva fama se la debe a Charles Baudelaire, que lo tradujo al francés y fue su propagandista más eficaz.

Los hecho en e Señor Va

No me sorprende que el extraño caso del señor Valdemar haya suscitado tantas discusiones. ¡Milagro hubiera sido que no las provocara, dadas las circunstancias! Las partes interesadas deseábamos ocultarlo al público por el momento o hasta que tuviéramos ulteriores oportunidades de investigación, pero no tardó en propagarse, pese a nuestros esfuerzos, una versión tan espuria como exagerada, origen de múltiples y desagradables falsedades y, como es lógico, de profundo descrédito.

Ha llegado, pues, el momento de sacar a la luz pública "los hechos", tal como mi comprensión los captó; helos aquí de forma sucinta:

Durante los últimos años mi curiosidad se ha visto fuertemente atraída por el tema del hipnotismo; hace poco más o menos nueve meses, me vino súbitamente la idea de que en los experimentos hasta hoy realizados se producía una omisión no por curiosa menos inexplicable: jamás se había hipnotizado a nadie *in articulo mortis*. Había que comprobar primero si en tales condiciones el paciente ofrecía alguna sensibilidad a la influencia magnética; y, segundo, en caso afirmativo, si su estado atenuaba o aumentaba esta sensibilidad; en tercer lugar, hasta qué punto y por cuánto tiempo el proceso hipnótico sería capaz de sofrenar la intrusión de la muerte. Aunque había otros puntos por aclarar, éstos excitaban más mi curiosidad, sobre todo el último, dada la importancia de sus consecuencias.

Buscando entre mis relaciones una persona que me permitiera verificar esas particularidades, acabé acordándome de mi amigo Ernesto Valdemar, famoso compilador de la *Bibliotheca Forensica* y autor (bajo el *nom de plume* de Issachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. El señor Valdemar, que desde 1839 vivía habitualmente en Harlem, Nueva York, es (o era) notable por su excesiva delgadez, tanta que sus extremidades inferiores se parecían a las de John Randolph, y también por la blancura de sus patillas, en contraste tan violento con sus cabellos negros que muchos suponían que usaba peluca. Su marcado temperamento nervioso le convertía en excelente campo de prueba para las experiencias magnéticas. Le había hipnotizado en dos o tres ocasiones sin dificultad, pero quedé frustrado por no alcanzar más resultados que los que su especial constitución me había prometido. Nunca quedó su voluntad bajo mi total influencia y respecto a la "clarividencia" no podía confiar en ninguno de mis logros. Siempre atribuí el fracaso a la salud enfermiza de mi amigo. Pocos meses antes de conocerle, los médicos le habían diagnosticado una tuberculosis y el señor Valdemar solía referirse a su cercano fin con toda calma, como si se tratase de algo que no cabe lamentar ni evitar. Cuando por vez primera se me ocurrieron las ideas a que antes he aludido, acudí, como era lógico, a Valdemar. De sobra conocía yo la ecuánime filosofía de aquel hombre para temer escrúpulos por su parte; además, no tenía en América parientes que interviniesen para oponerse. Le hablé con franqueza del asunto y, ante mi sorpresa, se interesó vivamente. Digo ante mi sorpresa porque si bien hasta entonces había cedido su persona a los experimentos, jamás mostró simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de esas que admiten un cálculo exacto sobre el instante de la muerte. Convinimos, pues, que veinticuatro horas antes del momento fijado por los médicos para su fallecimiento me llamaría.

Hace algo más de siete meses, recibí la siguiente esquela del propio puño y letra del señor Valdemar.

"Estimado P...:

Ya puede usted venir. D... y F... han dictaminado que no pasaré de mañana a medianoche y creo que han calculado el tiempo con mucha exactitud.

Valdemar"

Recibí la esquela media hora después de escrita y quince minutos más tarde me hallaba en la alcoba del moribundo. No le había visto en los diez últimos días y quedé aterrado por la espantosa alteración que en tan breve intervalo se había producido en su figura. El rostro tenía un color plomizo, el brillo de sus ojos estaba totalmente apagado y la delgadez era tan extrema que los pómulos habían rasgado su piel. Expectoraba flemas constantemente y apenas se percibía su pulso. Conservaba íntegras, empero, sus facultades mentales y alguna fuerza física. Me dirigió la palabra con claridad, tomó algunos calmantes sin ayuda de nadie y cuando entré en la habitación se hallaba incorporado con ayuda de varias almohadas, tomando notas en una libreta; los doctores D... y F..., a su lado, le asistían.

Después de estrechar la mano de Valdemar, me aparté con los médicos para pedirles un minucioso informe sobre el estado del paciente: desde hacía dieciocho meses su pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso y había dejado, por tanto, de cumplir sus funciones vitales. La región superior del pulmón derecho estaba parcial o casi totalmente osificada, mientras la inferior era una masa de tubérculos purulentos apelmazados. Varias perforaciones se habían dilatado y en cierto punto se habían adherido de manera permanente a las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho habían surgido en fecha relativamente reciente: la osificación había avanzado con insólita rapidez, ya que en un mes antes no descubrieron signo alguno y la adherencia lograron advertirla hacía tan solo tres días. Aparte de la tisis, los médicos sospechaban –pues los síntomas de osificación impedían un diagnóstico exacto– un aneurisma en la aorta. Según los médicos, Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente (domingo). Eran en ese momento las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del doliente para hablarme, los doctores D... y F... le dieron el adiós definitivo. No pensaban volver a verle, pero a requerimiento mío, acordaron examinar de nuevo al moribundo a las diez de esa misma noche.

Cuando se hubieron ido, hablé con el señor Valdemar sobre su cercano fin, refiriéndome especialmente al experimento que proyectaba. Volvió a mostrarse dispuesto e incluso ansioso por efectuarlo, apremiándome a que comenzáramos cuanto antes. Se hallaban presentes para atenderle un criado y una sirvienta, pero no sintiéndome suficientemente autorizado para llevar a cabo una intervención de tal género ante testigos de tan escasa responsabilidad en caso de accidente repentino, estaba a punto de aplazar el experimento hasta las ocho de la noche del siguiente día, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con quien yo mantenía cierta amistad (el señor Teodoro L...l) me sacó de apuros. De primera intención hubiera esperado a los médicos, pero me indujeron a obrar al instante los apremiantes ruegos del señor Valdemar y luego, mi propia convicción de la urgencia del caso, pues aquel hombre llamaba a las puertas de la muerte. El señor L...l accedió con toda amabilidad a mi ruego de anotar puntualmente cuanto ocurriera; gracias a su memorándum puedo ahora relatar, bien resumiendo, bien copiando al pie de la letra, los hechos.

Cinco minutos antes de las ocho tomé la mano del señor Valdemar rogándole que manifestara con toda la claridad que su estado le permitiera, ante el señor L...l, que estaba dispuesto a realizar el experimento de hipnosis.

Débilmente, pero de forma audible, respondió:

–Sí, quiero ser hipnotizado –agregando al punto–: me temo que sea demasiado tarde.

Mientras decía esto comencé a efectuar los pases que en ocasiones anteriores habían sido más efectivos para dominarle. Influyó en él, sin duda, el primer pase lateral de mi mano por su frente, pero aunque ejercité todos mis poderes, no se manifestaron otros efectos hasta pocos minutos después de las diez, cuando llegaron los doctores D... y F... tal como habían prometido. En pocas palabras les expliqué mis intenciones y, como no pusieron inconvenientes por considerar al paciente moribundo, proseguí sin vacilación, alternando los pases laterales con otros verticales y concentrando la mirada en el ojo derecho del paciente.

En este momento su pulso resultaba imperceptible y respiraba entre estertores, a intervalos de medio minuto.

Durante un cuarto de hora tal situación se mantuvo estacionaria. Por fin escapó del pecho agonizante un suspiro perfectamente natural aunque muy profundo, al tiempo que cesaba la respiración estertórea o mejor dicho, dejaban de percibirse los estertores; no acortaron, en cambio, los intervalos. Las extremidades del paciente estaban yertas.

A las once menos cinco, percibí señales inequívocas de la influencia magnética. El girar de los ojos vidriosos fue sustituido por una expresión de intranquilo examen interno que sólo se ve en los ojos de los sonámbulos y que no ofrece dudas. Con unos rápidos pases laterales le hice mecer los párpados, como al acercarse el sueño, y con otros más se los cerré definitivamente. No satisfecho con esto, proseguí mis manipulaciones de forma enérgica, extremando la fuerza de mi voluntad, hasta lograr la total rigidez de los miembros del paciente, una vez colocados en la posición que me pareció más cómoda; las piernas completamente estiradas, como los brazos, que descansaban sobre el lecho, a corta distancia de las caderas. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Al concluir estas operaciones era medianoche y rogué a los presentes que examinaran el estado del señor Valdemar. Después de varias com-



Vincent P... Rathbone ... de las tan... matográfic... revival del ... a los relat...

Los hechos en el caso del **Señor Valdemar**

Por Edgar Allan Poe

No me sorprende que el extraño caso del señor Valdemar haya suscitado tantas discusiones. ¡Milagro hubiera sido que no las provocara, dadas las circunstancias! Las partes interesadas deseábamos ocultarlo al público por el momento o hasta que tuviéramos ulteriores oportunidades de investigación, pero no tardó en propagarse, pese a nuestros esfuerzos, una versión tan espuria como exagerada, origen de múltiples y desagradables falsedades y, como es lógico, de profundo descrédito.

Ha llegado, pues, el momento de sacar a la luz pública “los hechos”, tal como mi comprensión los captó; helos aquí de forma sucinta:

Durante los últimos años mi curiosidad se ha visto fuertemente atraída por el tema del hipnotismo; hace poco más o menos nueve meses, me vino súbitamente la idea de que en los experimentos hasta hoy realizados se producía una omisión no por curiosa menos inexplicable: jamás se había hipnotizado a nadie *in articulo mortis*. Había que comprobar primero si en tales condiciones el paciente ofrecía alguna sensibilidad a la influencia magnética; y, segundo, en caso afirmativo, si su estado atenuaba o aumentaba esta sensibilidad; en tercer lugar, hasta qué punto y por cuánto tiempo el proceso hipnótico sería capaz de sofrenar la intrusión de la muerte. Aunque había otros puntos por aclarar, éstos excitaban más mi curiosidad, sobre todo el último, dada la importancia de sus consecuencias.

Buscando entre mis relaciones una persona que me permitiera verificar esas particularidades, acabé acordándome de mi amigo Ernesto Valdemar, famoso compilador de la *Bibliotheca Forensica* y autor (bajo el *nom de plume* de Issachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. El señor Valdemar, que desde 1839 vivía habitualmente en Harlem, Nueva York, es (o era) notable por su excesiva delgadez, tanta que sus extremidades inferiores se parecían a las de John Randolph, y también por la blancura de sus patillas, en contraste tan violento con sus cabellos negros que muchos suponían que usaba peluca. Su marcado temperamento nervioso le convertía en excelente campo de prueba para las experiencias magnéticas. Le había hipnotizado en dos o tres ocasiones sin dificultad, pero quedé frustrado por no alcanzar más resultados que los que su especial constitución me había prometido. Nunca quedó su voluntad bajo mi total influencia y respecto a la “clarividencia” no podía confiar en ninguno de mis logros. Siempre atribuí el fracaso a la salud enfermiza de mi amigo. Pocos meses antes de conocerle, los médicos le habían diagnosticado una tuberculosis y el señor Valdemar solía referirse a su cercano fin con toda calma, como si se tratase de algo que no cabe lamentar ni evitar. Cuando por vez primera se me ocurrieron las ideas a que antes he aludido, acudí, como era lógico, a Valdemar. De sobra conocía yo la ecuánime filosofía de aquel hombre para temer escrúpulos por su parte; además, no tenía en América parientes que interviniesen para oponerse. Le hablé con franqueza del asunto y, ante mi sorpresa, se interesó vivamente. Digo ante mi sorpresa porque si bien hasta entonces había cedido su persona a los experimentos, jamás mostró simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de esas que admiten un cálculo exacto sobre el instante de la muerte. Convinimos, pues, que veinticuatro horas antes del momento fijado por los médicos para su fallecimiento me llamaría.

Hace algo más de siete meses, recibí la siguiente esquela del propio puño y letra del señor Valdemar.

“Estimado P...:

Ya puede usted venir. D... y F... han dictaminado que no pasaré de mañana a medianoche y creo que han calculado el tiempo con mucha exactitud.

Valdemar”

Recibí la esquela media hora después de escrita y quince minutos más tarde me hallaba en la alcoba del moribundo. No le había visto en los diez últimos días y quedé aterrado por la espantosa alteración que en tan breve intervalo se había producido en su figura. El rostro tenía un color plomizo, el brillo de sus ojos estaba totalmente apagado y la delgadez era tan extrema que los pómulos habían rasgado su piel. Expectoraba flemas constantemente y apenas se percibía su pulso. Conservaba íntegras, empero, sus facultades mentales y alguna fuerza física. Me dirigió la palabra con claridad, tomó algunos calmantes sin ayuda de nadie y cuando entré en la habitación se hallaba incorporado con ayuda de varias almohadas, tomando notas en una libreta; los doctores D... y F..., a su lado, le asistían.

Después de estrechar la mano de Valdemar, me aparté con los médicos para pedirles un minucioso informe sobre el estado del paciente: desde hacía dieciocho meses su pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso y había dejado, por tanto, de cumplir sus funciones vitales. La región superior del pulmón derecho estaba parcial o casi totalmente osificada, mientras la inferior era una masa de tubérculos purulentos apelmazados. Varias perforaciones se habían dilatado y en cierto punto se habían adherido de manera permanente a las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho habían surgido en fecha relativamente reciente: la osificación había avanzado con insólita rapidez, ya que en un mes antes no descubrieron signo alguno y la adherencia lograron advertirla hacía tan solo tres días. Aparte de la tisis, los médicos sospechaban –pues los síntomas de osificación impedían un diagnóstico exacto– un aneurisma en la aorta. Según los médicos, Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente (domingo). Eran en ese momento las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del doliente para hablarme, los doctores D... y F... le dieron el adiós definitivo. No pensaban volver a verle, pero a requerimiento mío, acordaron examinar de nuevo al moribundo a las diez de esa misma noche.

Cuando se hubieron ido, hablé con el señor Valdemar sobre su cercano fin, refiriéndome especialmente al experimento que proyectaba. Volvió a mostrarse dispuesto e incluso ansioso por efectuarlo, apremiándome a que comenzáramos cuanto antes. Se hallaban presentes para atenderle un criado y una sirvienta, pero no sintiéndome suficientemente autorizado para llevar a cabo una intervención de tal género ante testigos de tan escasa responsabilidad en caso de accidente repentino, estaba a punto de aplazar el experimento hasta las ocho de la noche del siguiente día, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con quien yo mantenía cierta amistad (el señor Teodoro L...l) me sacó de apuros. De primera intención hubiera esperado a los médicos, pero me indujeron a obrar al instante los apremiantes ruegos del señor Valdemar y luego, mi propia convicción de la urgencia del caso, pues aquel hombre llamaba a las puertas de la muerte. El señor L...l accedió con toda amabilidad a mi ruego de anotar puntualmente cuanto ocurriera; gracias a su memorándum puedo ahora relatar, bien resumiendo, bien copiando al pie de la letra, los hechos.

Cinco minutos antes de las ocho tomé la mano del señor Valdemar rogándole que manifestara con toda la claridad que su estado le permitiera, ante el señor L...l, que estaba dispuesto a realizar el experimento de hipnosis.

Débilmente, pero de forma audible, respondió:

–Sí, quiero ser hipnotizado –agregando al punto–: me temo que sea demasiado tarde.

Mientras decía esto comencé a efectuar los pases que en ocasiones anteriores habían sido más efectivos para dominarle. Influyó en él, sin duda, el primer pase lateral de mi mano por su frente, pero aunque ejercité todos mis poderes, no se manifestaron otros efectos hasta pocos minutos después de las diez, cuando llegaron los doctores D... y F... tal como habían prometido. En pocas palabras les expliqué mis intenciones y, como no pusieron inconvenientes por considerar al paciente moribundo, proseguí sin vacilación, alternando los pases laterales con otros verticales y concentrando la mirada en el ojo derecho del paciente.

En este momento su pulso resultaba imperceptible y respiraba entre estertores, a intervalos de medio minuto.

Durante un cuarto de hora tal situación se mantuvo estacionaria. Por fin escapó del pecho agonizante un suspiro perfectamente natural aunque muy profundo, al tiempo que cesaba la respiración estertórea o mejor dicho, dejaban de percibirse los estertores; no acortaron, en cambio, los intervalos. Las extremidades del paciente estaban yertas.

A las once menos cinco, percibí señales inequívocas de la influencia magnética. El girar de los ojos vidriosos fue sustituido por una expresión de intranquilo examen interno que sólo se ve en los ojos de los sonámbulos y que no ofrece dudas. Con unos rápidos pases laterales le hice mecer los párpados, como al acercarse el sueño, y con otros más se los cerré definitivamente. No satisfecho con esto, proseguí mis manipulaciones de forma enérgica, extremando la fuerza de mi voluntad, hasta lograr la total rigidez de los miembros del paciente, una vez colocados en la posición que me pareció más cómoda; las piernas completamente estiradas, como los brazos, que descansaban sobre el lecho, a corta distancia de las caderas. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Al concluir estas operaciones era medianoche y rogué a los presentes que examinaran el estado del señor Valdemar. Después de varias comprobaciones admitieron que se hallaba en un insólito y perfecto estado de trance hipnótico. Había logrado despertar la curiosidad de ambos facultativos y el doctor D... decidió permanecer toda la noche a la cabecera del paciente, mientras el doctor F... se despedía prometiendo regresar al alba. El señor L...l y los criados se quedaron.



Diseño de Arthur Rackham –el mejor ilustrador de Poe junto a Audrey Beardsley– para una antología de sus cuentos de 1935.

Vincent Price como el Señor Valdemar y Basil Rathbone como el mesmerista Carmichael en una de las tantas y muy libres adaptaciones cinematográficas que Roger Corman –responsable del revival del género terrorífico en los '60– dedicara a los relatos de Edgar Allan Poe.

Dejamos al señor Valdemar en completa quietud hasta las 3 de la madrugada, momento en que me acerqué a él para comprobar que se hallaba como al partir el doctor F...; estaba tendido en la misma posición, su pulso era imperceptible, la respiración suave (apenas se advertía el aliento, salvo que aplicáramos un espejo a la boca), los ojos estaban cerrados con naturalidad y los miembros seguían rígidos y fríos como de mármol. Pese a ello, el aspecto general distaba mucho de ser el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar, traté con un ligero esfuerzo que su brazo derecho siguiera la trayectoria del mío, que se movía despacio por encima de su cuerpo. En experimentos semejantes con el señor Valdemar no había logrado un éxito absoluto, y tampoco esperaba conseguirlo ahora; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la mayor soltura, aunque débilmente, la trayectoria que el mío le indicaba. Decidí entonces arriesgarme a un breve diálogo.

–Señor Valdemar –pregunté–, ¿duerme? No respondió, pero percibí en sus labios cierto temblor, lo que me indujo a repetir la pregunta varias veces. A la tercera, todo su cuerpo se agitó con un leve estremecimiento; los párpados se levantaron por sí solos hasta mostrar por una estrecha ranura el blanco del ojo, los labios se movieron tenues, mientras en un murmullo apenas audible brotaban estas palabras.

–Sí... ahora duermo... no me despierte... déjeme morir así.

Palpé sus miembros y los encontré más yertos que nunca. El brazo derecho, como antes, seguía la trayectoria de mi mano... y volví a interrogarle:

–¿Siente aún dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta fue ahora inmediata, aunque menos perceptible que antes.

–No siento dolor... me estoy muriendo.

No me pareció prudente molestarle por el momento; permanecimos en inactividad total hasta la llegada del doctor F..., que apareció poco antes del alba. Muy sorprendido de que el paciente continuara vivo, le tomó el pulso y aplicó un espejo a sus labios, rogándome después que hablara con el hipnotizado de nuevo, a lo que accedí.

–Señor Valdemar, ¿sigue dormido?

Como la primera vez, pasaron algunos minutos antes de lograr la respuesta, y durante el intervalo el agonizante pareció reunir energías para hablar. Al repetir por cuarta vez la pregunta, susurró con voz tan débil que era casi inaudible:

–Sí... duermo... me muero...

Fue opinión, o mejor, deseo de los médicos que se dejara al señor Valdemar en su actual y, al parecer tranquilo estado, hasta que se produjera la muerte, que en unánime opinión de ambos, sobrevendría en pocos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, limitándome a repetir la misma pregunta.

Cuando lo hacía, se produjo una alteración notable en las facciones del moribundo. Los ojos voltearon despacio en su órbita mientras las pupilas dieron un vuelco hacia arriba, la piel adquirió tonalidad cadavérica, más parecida al papel blanco que al pergamino, y las manchas hécticas, que antes destacaban con nitidez en el centro de las mejillas, se apagaron de súbito. Empleo esta expresión porque lo brusco de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. Al mismo tiempo el labio superior se replegó sobre los dientes que antes cubría por entero, mientras la mandíbula inferior caía con una sacudida perceptible, dejando la boca de par en par abierta y al descubierto una lengua hinchada y denegrida. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuorio, pero el aspecto del señor Valdemar era tan espantoso y fantástico en ese momento que retrocedieron.

Sé que he llegado a un punto de mi relato en que el lector, sobrecogido se negará a creerme. Sin embargo, me veo obligado a proseguir.

El signo de vitalidad más imperceptible había cesado en el cuerpo del señor Valdemar, y, cuando, pensando que estaba muerto, lo dejábamos a cargo de los criados, observamos un fuerte movimiento vibratorio de la lengua que duró un minuto aproximadamente. Al cesar, de aquellas separadas e inmóviles mandíbulas brotó una voz tal que sería propio de insensatos pretender describirla. Cierto que existen dos o tres epítetos que, en cierto modo, cabría aplicarle; puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era ríspido, desgarrado y como hueco; pero el espantoso conjunto resulta indescriptible por la sencilla razón de que jamás un sonido análogo ha vibrado en el oído de ningún humano. Dos particularidades –según pensé entonces y sigo pensando ahora– pueden calificarse como propias de aquella entonación para dar una idea de su índole horripilante. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos –a los míos al menos– desde una gran distancia, desde alguna profunda caverna subterránea; y en segundo lugar, me produjo la misma impresión (temo que sea imposible hacerme comprender) que las materias gelatinosas o viscosas provocan en el tacto.

He hablado a un mismo tiempo de “sonido” y de “voz”. Quiero decir que el sonido era un silabeo claro; aún más, asombroso, aterradoramente claro. El señor Valdemar “hablaba” y era evidente que respondía a la pregunta que minutos antes yo mismo le había formulado. Como se recordará le pregunté si seguía dormido. Y su respuesta fue:

–Sí... no... *estuve* durmiendo... y ahora... ahora... *estoy* muerto.

Ninguno de los allí presentes pretendió nunca negar o intentar reprimir el indescriptible, estremecedor espanto que esas pocas palabras, así proferidas, produjeron. L...l, el estudiante, se desmayó. Los criados huyeron del aposento y no logramos convencerlos para que volvieran. Por mi parte, no pretenderé comunicar al lector mis propias impresiones. Silenciosos, sin pronunciar palabra alguna y durante una hora, intentamos reanimar al señor L...l. Cuando volvió en sí proseguimos el examen del estado de Valdemar.

En apariencia seguía como hace poco referí, excepto que el espejo no recogía pruebas de su respiración. Resultó vana una tentativa de sangría en el brazo; debo añadir que ese miembro no obedecía ya a mi voluntad. También me esforcé vanamente porque siguiera la dirección de mi mano. El único signo real de influencia hipnótica se manifestaba ahora en el movimiento vibrátil de la lengua cada vez que yo dirigía una pregunta al señor Valdemar. Se diría que trataba de contestar, pero que carecía de voluntad bastante. Permanecía insensible a cualquier pregunta de los allí presentes, aunque traté de poner a cada uno en relación hipnótica con él. Esto me parece suficiente para hacer comprender cuál era el estado del hipnotizado en ese momento. Buscamos otros criados, y a las diez de la mañana salí de la mansión en compañía de los médicos y del señor L...l.

Volvimos por la tarde a ver al paciente. Su estado seguía siendo el mismo. Intercambiamos opiniones sobre la conveniencia y posibilidad de despertarle, pero nos costó poco decidir que no serviría de nada hacerlo. Era evidente que hasta ahora, la muerte (o lo que con el nombre de muerte se viene designando) había sido contenida por el proceso hipnótico. Y teníamos la certidumbre de que, en caso de despertarle, sólo conseguiríamos su instantáneo o, por lo menos, su rápido óbito.

Desde ese momento hasta fines de la pasada semana –es decir, durante casi siete meses– hemos acudido diariamente a casa del señor Valdemar, acompañados alguna que otra vez por amigos médicos y por otros. En todo ese tiempo el hipnotizado se conservó *exactamente* como lo he descrito. La asistencia de los enfermeros fue continua.

Por fin el viernes pasado decidimos realizar el experimento de despertarle, o intentar despertarle; quizá el deplorable resultado de la tentativa haya motivado tantas discusiones en los círculos privados, y una opinión pública que me parece injustificada a todas luces.

Con objeto de sacar al señor Valdemar del trance hipnótico, acudí a los pases habituales. Al principio resultaron infructuosos. La primera señal de retorno a la vida se manifestó con el descenso parcial del iris. Observamos, como detalle sorprendente, que este descenso de la pupila venía acompañado de un derrame abundante, de licor amarillento por debajo de los párpados, que despedía un olor acre y desagradable.

No sé quién me sugirió que tratara de influir sobre el brazo del paciente, como en el proceso hipnótico, mas el intento fue vano; el doctor F... expresó su deseo de que interrogara al paciente, lo cual hice con las siguientes palabras.

–Señor Valdemar, ¿puede explicarnos lo que siente y lo que desea?

Reaparecieron en ese momento y de forma instantánea los círculos hécticos en las mejillas; la lengua se estremeció, o mejor dicho, se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes) y retumbó aquella horrísona voz que antes traté de describir: –Por amor de Dios... de prisa... de prisa... hágame dormir... o despiérteme de pronto... despiérteme... ¡Le digo que estoy muerto!

Sobrecogido de pavor, permanecí durante un momento indeciso sobre lo que convenía hacer. Por fin, traté de calmar al paciente, pero dada la total suspensión de la voluntad, fracasé. Cambié de sistema y me esforcé por despertarle. Pronto comprendí que esta vez concluiría con éxito mi tentativa, o por lo menos así lo imaginé; y estoy seguro que todos los presentes se disponían a contemplar el despertar del paciente.

Pero lo que realmente ocurrió fue algo para lo que ningún ser humano podía estar preparado.

Mientras ejecutaba rápidos pases hipnóticos entre exclamaciones de “¡muerto! ¡muerto!”, que literalmente *explotaban* en la lengua y no en los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en un solo minuto o incluso en menos tiempo, se contrajo, se deshizo, se *pudrió* entre mis manos. En el lecho, a la vista de todos los presentes, sólo quedaba una masa casi líquida de repugnante, de execrable putrefacción. ■

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *El escarabajo de oro*, por Edgar Allan Poe. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Losada.

os
el caso del
aldemar

Por Edgar Allan Poe

'S TALES
RY & IMAGINATION
ILLUSTRATED BY
ARTHUR RACKHAM

Diseño de Arthur Rackham –el mejor ilustrador de Poe junto a Audrey Beardsley– para una antología de sus cuentos de 1935.

probaciones admitieron que se hallaba en un insólito y perfecto estado de trance hipnótico. Había logrado despertar la curiosidad de ambos facultativos y el doctor D... decidió permanecer toda la noche a la cabecera del paciente, mientras el doctor F... se despedía prometiendo regresar al alba. El señor L...l y los criados se quedaron.

Dejamos al señor Valdemar en completa quietud hasta las 3 de la madrugada, momento en que me acerqué a él para comprobar que se hallaba como al partir el doctor F...; estaba tendido en la misma posición, su pulso era imperceptible, la respiración suave (apenas se advertía el aliento, salvo que aplicáramos un espejo a la boca), los ojos estaban cerrados con naturalidad y los miembros seguían rígidos y fríos como de mármol. Pese a ello, el aspecto general distaba mucho de ser el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar, traté con un ligero esfuerzo que su brazo derecho siguiera la trayectoria del mío, que se movía despacio por encima de su cuerpo. En experimentos semejantes con el señor Valdemar no había logrado un éxito absoluto, y tampoco esperaba conseguirlo ahora; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la mayor soltura, aunque débilmente, la trayectoria que el mío le indicaba. Decidí entonces arriesgarme a un breve diálogo.

–Señor Valdemar –pregunté–, ¿duerme? No respondió, pero percibí en sus labios cierto temblor, lo que me indujo a repetir la pregunta varias veces. A la tercera, todo su cuerpo se agitó con un leve estremecimiento; los párpados se levantaron por sí solos hasta mostrar por una estrecha ranura el blanco del ojo, los labios se movieron tenues, mientras en un murmullo apenas audible brotaban estas palabras.

–Sí... ahora duermo... no me despierte... déjeme morir así.

Palpé sus miembros y los encontré más yertos que nunca. El brazo derecho, como antes, seguía la trayectoria de mi mano... y volví a interrogarle:

–¿Siente aún dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta fue ahora inmediata, aunque menos perceptible que antes.

–No siento dolor... me estoy muriendo.

No me pareció prudente molestarle por el momento; permanecimos en inactividad total hasta la llegada del doctor F..., que apareció poco antes del alba. Muy sorprendido de que el paciente continuara vivo, le tomó el pulso y aplicó un espejo a sus labios, rogándome después que hablara con el hipnotizado de nuevo, a lo que accedí.

–Señor Valdemar, ¿sigue dormido?

Como la primera vez, pasaron algunos minutos antes de lograr la respuesta, y durante el intervalo el agonizante pareció reunir energías para hablar. Al repetir por cuarta vez la pregunta, susurró con voz tan débil que era casi inaudible:

–Sí... duermo... me muero...

Fue opinión, o mejor, deseo de los médicos que se dejara al señor Valdemar en su actual y, al parecer tranquilo estado, hasta que se produjera la muerte, que en unánime opinión de ambos, sobrevendría en pocos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, limitándome a repetir la misma pregunta.

Cuando lo hacía, se produjo una alteración notable en las facciones del moribundo. Los ojos voltearon despacio en su órbita mientras las pupilas dieron un vuelco hacia arriba, la piel adquirió tonalidad cadavérica, más parecida al papel blanco que al pergamino, y las manchas héticas, que antes destacaban con nitidez en el centro de las mejillas, se apagaron de súbito. Empleo esta expresión porque lo brusco de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. Al mismo tiempo el labio superior se replegó sobre los dientes que antes cubría por entero, mientras la mandíbula inferior caía con una sacudida perceptible, dejando la boca de par en par abierta y al descubierto una lengua hinchada y denegrida. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuorio, pero el aspecto del señor Valdemar era tan espantoso y fantástico en ese momento que retrocedieron.

Sé que he llegado a un punto de mi relato en que el lector, sobrecogido se negará a creerme. Sin embargo, me veo obligado a proseguir.

El signo de vitalidad más imperceptible había cesado en el cuerpo del señor Valdemar, y, cuando, pensando que estaba muerto, lo dejábamos a cargo de los criados, observamos un fuerte movimiento vibratorio de la lengua que duró un minuto aproximadamente. Al cesar, de aquellas separadas e inmóviles mandíbulas brotó una voz tal que sería propio de insensatos pretender describirla. Cierto que existen dos o tres epítetos que, en cierto modo, cabría aplicarle; puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era ríspido, desgarrado y como hueco; pero el espantoso conjunto resulta indescriptible por la sencilla razón de que jamás un sonido análogo ha vibrado en el oído de ningún humano. Dos particularidades –según pensé entonces y sigo pensando ahora– pueden calificarse como propias de aquella entonación para dar una idea de su índole horripilante. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos –a los míos al menos– desde una gran distancia, desde alguna profunda caverna subterránea; y en segundo lugar, me produjo la misma impresión (temo que sea imposible hacerme comprender) que las materias gelatinosas o viscosas provocan en el tacto.

He hablado a un mismo tiempo de "sonido" y de "voz". Quiero decir que el sonido era un silabeo claro; aún más, asombroso, aterradoramente claro. El señor Valdemar "hablaba" y era evidente que respondía a la pregunta que minutos antes yo mismo le había formulado. Como se recordará le pregunté si seguía dormido. Y su respuesta fue:

–Sí... no... *estuve* durmiendo... y ahora... ahora... *estoy* muerto.

Ninguno de los allí presentes pretendió nunca negar o intentar reprimir el indescriptible, estremecedor espanto que esas pocas palabras, así proferidas, produjeron. L...l, el estudiante, se desmayó. Los criados huyeron del aposento y no logramos convencerlos para que volvieran. Por mi parte, no pretenderé comunicar al lector mis propias impresiones. Silenciosos, sin pronunciar palabra alguna y durante una hora, intentamos reanimar al señor L...l. Cuando volvió en sí proseguimos el examen del estado de Valdemar.

En apariencia seguía como hace poco referí, excepto que el espejo no recogía pruebas de su respiración. Resultó vana una tentativa de sangría en el brazo; debo añadir que ese miembro no obedecía ya a mi voluntad. También me esforcé vanamente porque siguiera la dirección de mi mano. El único signo real de influencia hipnótica se manifestaba ahora en el movimiento vibrátil de la lengua cada vez que yo dirigía una pregunta al señor Valdemar. Se diría que trataba de contestar, pero que carecía de voluntad bastante. Permanecía insensible a cualquier pregunta de los allí presentes, aunque traté de poner a cada uno en relación hipnótica con él. Esto me parece suficiente para hacer comprender cuál era el estado del hipnotizado en ese momento. Buscamos otros criados, y a las diez de la mañana salí de la mansión en compañía de los médicos y del señor L...l.

Volvimos por la tarde a ver al paciente. Su estado seguía siendo el mismo. Intercambiamos opiniones sobre la conveniencia y posibilidad de despertarle, pero nos costó poco decidir que no serviría de nada hacerlo. Era evidente que hasta ahora, la muerte (o lo que con el nombre de muerte se viene designando) había sido contenida por el proceso hipnótico. Y teníamos la certidumbre de que, en caso de despertarle, sólo conseguiríamos su instantáneo o, por lo menos, su rápido óbito.

Desde ese momento hasta fines de la pasada semana –es decir, durante casi siete meses– hemos acudido diariamente a casa del señor Valdemar, acompañados alguna que otra vez por amigos médicos y por otros. En todo ese tiempo el hipnotizado se conservó *exactamente* como lo he descrito. La asistencia de los enfermeros fue continua.

Por fin el viernes pasado decidimos realizar el experimento de despertarle, o intentar despertarle; quizá el deplorable resultado de la tentativa haya motivado tantas discusiones en los círculos privados, y una opinión pública que me parece injustificada a todas luces.

Con objeto de sacar al señor Valdemar del trance hipnótico, acudí a los pases habituales. Al principio resultaron infructuosos. La primera señal de retorno a la vida se manifestó con el descenso parcial del iris. Observamos, como detalle sorprendente, que este descenso de la pupila venía acompañado de un derrame abundante, de licor amarillento por debajo de los párpados, que despedía un olor acre y desagradable.

No sé quién me sugirió que tratara de influir sobre el brazo del paciente, como en el proceso hipnótico, mas el intento fue vano; el doctor F... expresó su deseo de que interrogara al paciente, lo cual hice con las siguientes palabras.

–Señor Valdemar, ¿puede explicarnos lo que siente y lo que desea?

Reaparecieron en ese momento y de forma instantánea, los círculos hécticos en las mejillas; la lengua se estremeció, o mejor dicho, se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes) y retumbó aquella horrísona voz que antes traté de describir: –Por amor de Dios... de prisa... de prisa... hágame dormir... o despiérteme de pronto... despiérteme... ¡Le digo que estoy muerto!

Sobrecogido de pavor, permanecí durante un momento indeciso sobre lo que convenía hacer. Por fin, traté de calmar al paciente, pero dada la total suspensión de la voluntad, fracasé. Cambié de sistema y me esforcé por despertarle. Pronto comprendí que esta vez concluiría con éxito mi tentativa, o por lo menos así lo imaginé; y estoy seguro que todos los presentes se disponían a contemplar el despertar del paciente.

Pero lo que realmente ocurrió fue algo para lo que ningún ser humano podía estar preparado.

Mientras ejecutaba rápidos pases hipnóticos entre exclamaciones de "¡muerto! ¡muerto!", que literalmente *explotaban* en la lengua y no en los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en un solo minuto o incluso en menos tiempo, se contrajo, se deshizo, se *pudrió* entre mis manos. En el lecho, a la vista de todos los presentes, sólo quedaba una masa casi líquida de repugnante, de execrable putrefacción.



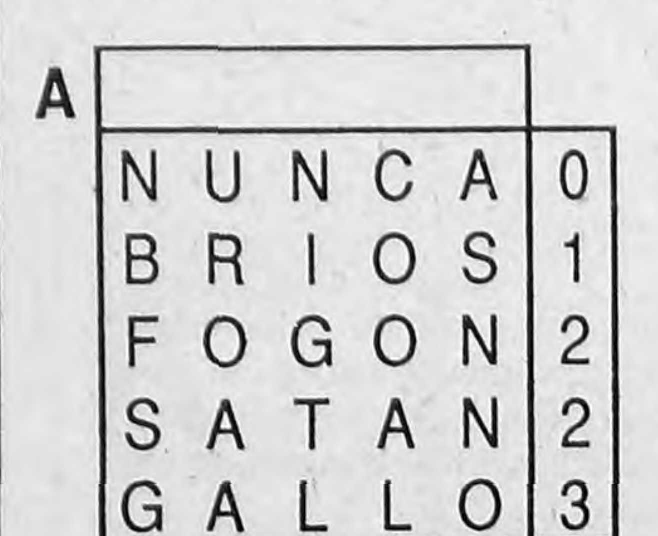
ice como el Señor Valdemar y Basil como el mesmerista Carmichael en una tas y muy libres adaptaciones cine- as que Roger Corman –responsable del género terrorífico en los '60– dedicara os de Edgar Allan Poe.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *El escarabajo de oro*, por Edgar Allan Poe. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Losada.

PALABRA OCULTA

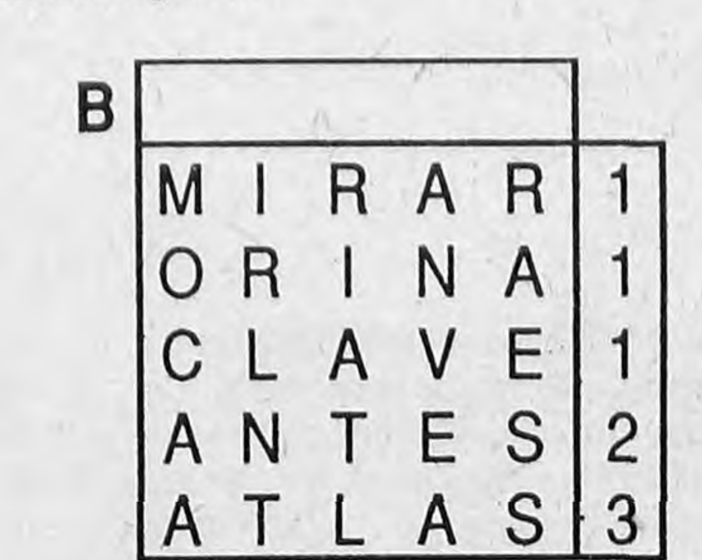
Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A



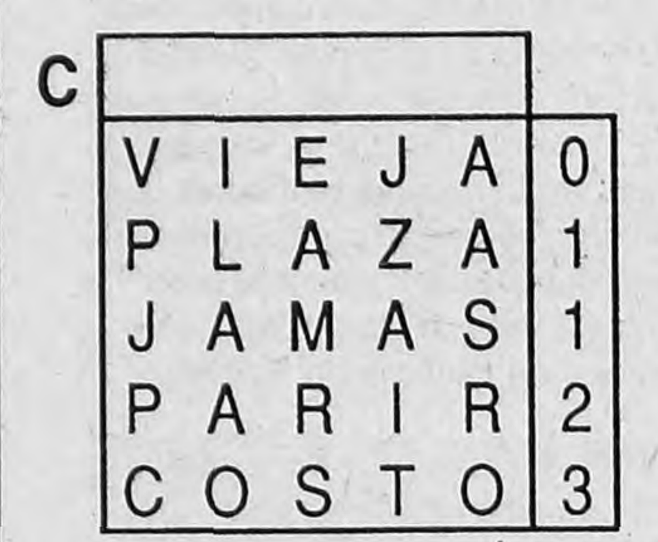
N U N C A	0
B R I O S	1
F O G O N	2
S A T A N	2
G A L L O	3

B



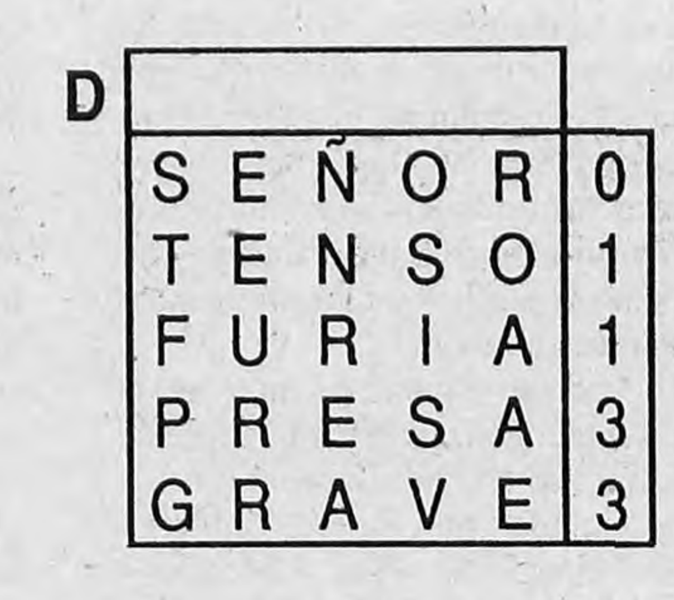
M I R A R	1
O R I N A	1
C L A V E	1
A N T E S	2
A T L A S	3

C



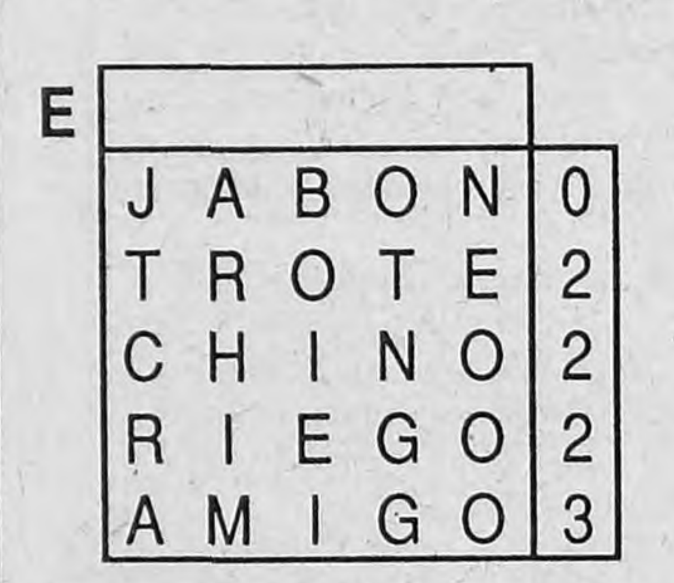
V I E J A	0
P L A Z A	1
J A M A S	1
P A R I R	2
C O S T O	3

D



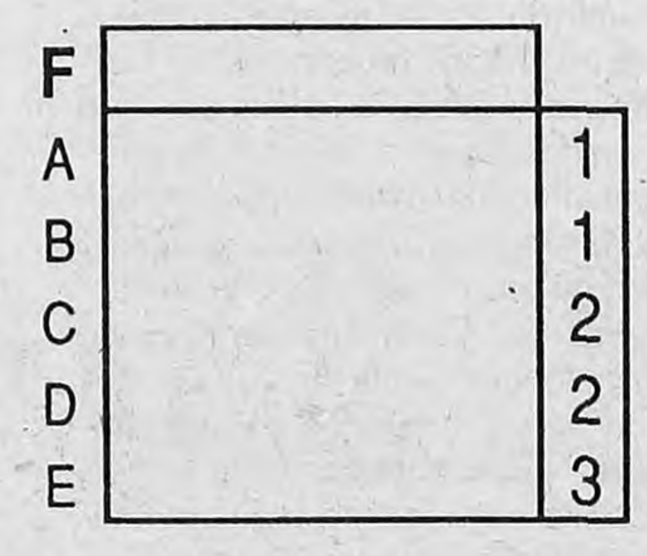
S E Ñ O R	0
T E N S O	1
F U R I A	1
P R E S A	3
G R A V E	3

E

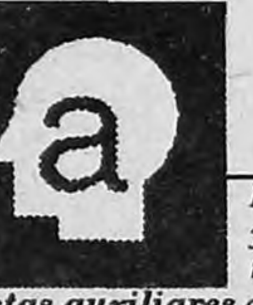


J A B O N	0
T R O T E	2
C H I N O	2
R I E G O	2
A M I G O	3

F



A		1
B		1
C		2
D		2
E		3



CRUCIGRAMA CON PISTAS

En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: ***generales, horizontales*** *y* ***verticales****. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las* ***pistas auxiliares*** *que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un cuadrito negro ; son diez palabras de seis letras, una de cuatro, una de tres y una de dos.
- Vocales y consonantes no están alternadas necesariamente una a una.
- Con las letras de las cuatro casillas centrales, se puede formar la palabra **SIGA**.

PISTAS HORIZONTALES

A. Aquí no se repiten letras y hay sólo dos vocales: una **A** y una **O**.
B. En esta palabra de seis letras diferentes, no hay **I** ni **U**.
C. Es un verbo conjugado donde figuran la **G** y la **J**, pero no la **T**.
D. Aquí hay un anagrama de **SATIRA**.
E. En esta línea hay dos palabritas cortitas.
F. Aquí hay una **R**, una **S** y una **T**, no en ese orden.

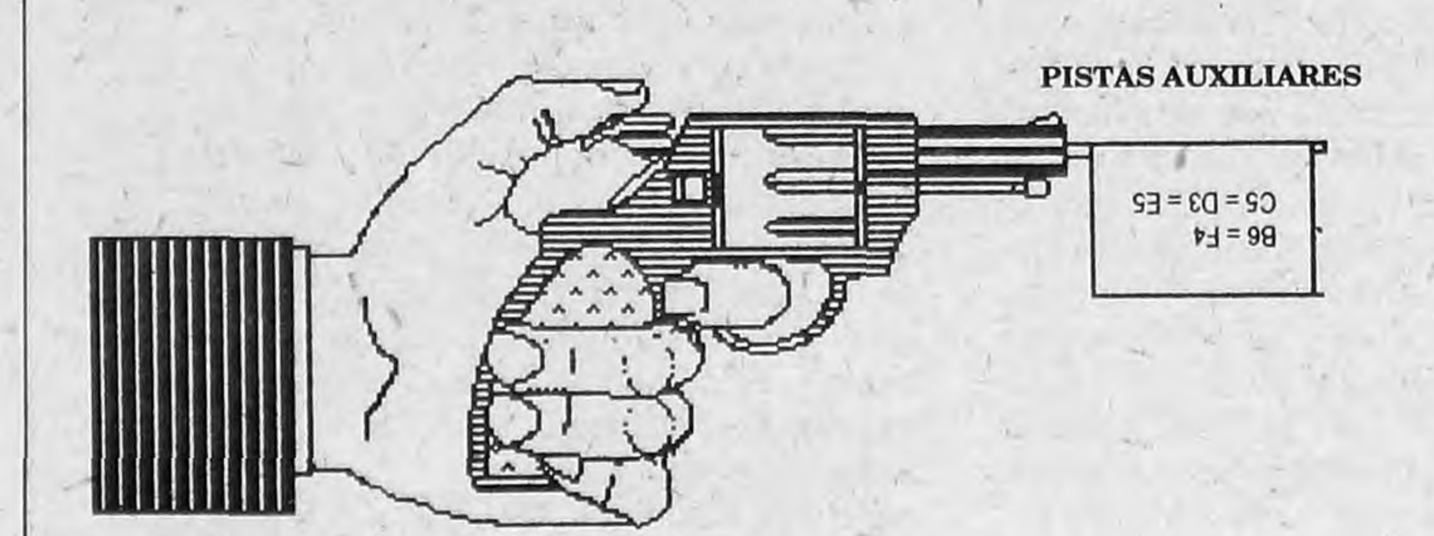
PISTAS VERTICALES

1. Aquí está la **F**, y la única vocal presente es la **A**.
2. Es un verbo en infinitivo, donde está incluida la única **U**.
3. Aquí hay un verbo conjugado y ninguna repetición de letras.
4. Esta palabra tiene sólo dos vocales: una **A** y una **E**.
5. Aquí se repiten la **I** y la **T**, pero no hay **R**.
6. Es un anagrama de **CASERA**.

	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						

A	A	A	A	A	A	A	A	C
C	D	E	E	F	G	I	I	I
J	O	O	P	R	R	R	R	S
S	S	T	T	T	T	T	U	■

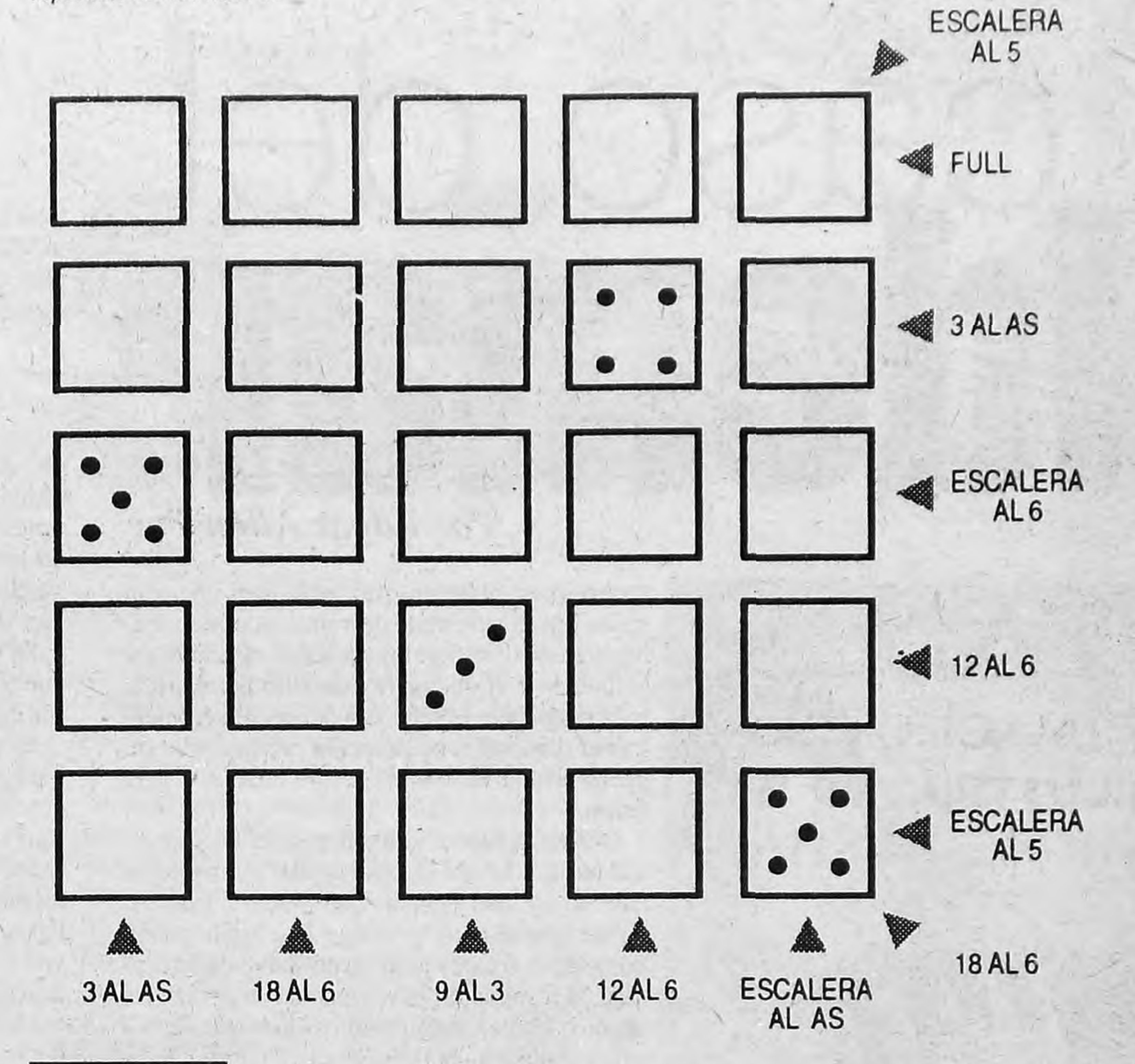
PISTAS AUXILIARES





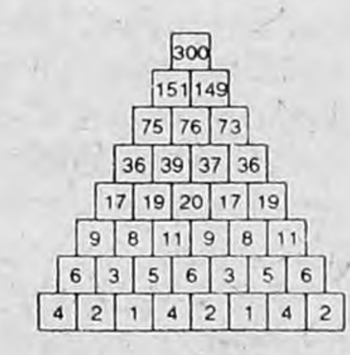
CUBILETE

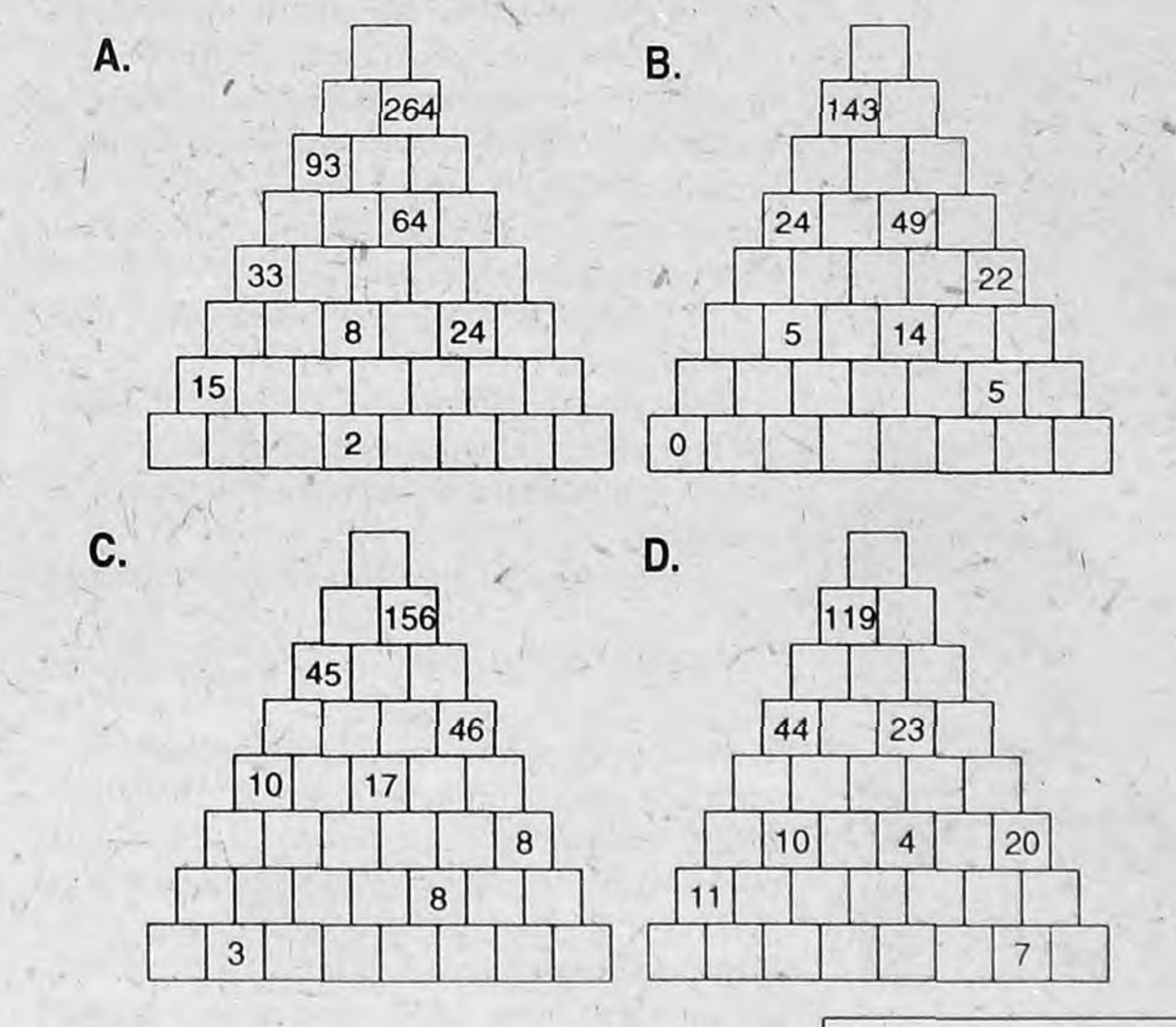
En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.





Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 5739.
B. 2740.
C. 7123.
D. 1960.

CUBILETE

5	5	6	5	5
1	3	6	4	2
6	3	4	1	5
2	4	6	1	5
4	3	5	1	2

CRUCIGRAMA

C	O	M	P	R	A
A	P	U	R	E	S
S	I	L	I	C	E
A	N	I	M	A	S
D	A	T	A	D	O
O	R	A	D	O	R

PIRAMIDES NUMERICAS

A.
389
181 208
88 93 115
48 40 53 62
30 18 22 31 31
20 10 8 14 17 14
12 8 2 6 8 9 5
4 8 0 2 4 4 5 0

B.
273
135 138
74 61 77
45 29 32 45
29 16 13 19 26
18 11 5 8 11 15
9 9 2 3 5 6 9
2 7 2 0 3 2 4 5

C.
161
72 89
44 28 61
33 11 17 44
26 7 4 13 31
20 6 1 3 10 21
14 6 0 1 2 8 13
8 6 0 0 1 1 7 6

D.
322
183 139
105 78 61
60 45 33 28
34 26 19 14 14
18 16 10 9 5 9
7 11 5 5 4 1 8
0 7 4 1 4 0 1 7